

## El funeral de mi abuelo

Fue un martes el día que murió mi abuelo. Yo tenía diez años. Recuerdo claramente la cara de mi padre, cuando me llamó en privado para decirme aquella frase con la que me daba la bienvenida a mi primer encuentro con la madurez: "tu abuelo dejó de existir hoy en la mañana". Su rostro, más pálido y serio que de costumbre, reflejaba el esfuerzo que significaba para él avisarme que el padre de mi madre había muerto. Inmediatamente, usando un tono de voz siempre firme (pero que en ese momento me pareció más apagado que de costumbre), me ordenó que no le diera a mi hermana la noticia...él se encargaría de eso cuando lo juzgara conveniente.

-Quiero que tú te encargues de cuidarla. -me dijo- Comportense y que no se separe de ti.

Supongo que temía que ella, siendo dos años menor que yo, no pudiera asimilar el impacto. Esa conversación duró escasos cinco minutos. Terminó con algunas indicaciones de lo que yo tenía que hacer para que finalmente pudieramos ir a ver a mi abuela y a mi madre, que en ese momento debían estar devastadas.

Recuerdo estar en la sala de mi casa, sin saber que hacer, que pensar o que sentir. El ambiente era, de alguna forma, distinto al de siempre. Pensaba en mi abuelo y me parecía inconcebible que, de pronto, ya no fuera. Me golpeó de manera tremenda la frase "dejó de existir". Probablemente si mi padre hubiera sido más directo con algo como "tu abuelo se murió" no me habría impactado tanto. En ese entonces todavía tenía fe en la religión y, bajo ese contexto, estaba seguro de que el alma de mi abuelo tendría que volar al cielo mediante las alas de un ángel. Sin embargo mi padre no me había dicho que el abuelo había muerto, sino que ya no existía. En mi cabeza eso era tan confuso y tenebroso que no me permitía reaccionar. A partir de ese momento mi abuelo era nada. Ni luz ni sombras, solo nada. Por horas me mantuve en silencio, viendo todo como si estuviera del otro lado de una ventana. En ese instante parecía encontrarme dentro de un muy extraño sueño.

Así como mi casa me había parecido tan distinta, no pude evitar sentir que la casa de la abuela era otra. Tenía la sensación de que esa era la primera vez que entraba en aquel lugar. Este sentimiento se acentuó a medida que saludaba a todos y cada uno de mis tíos. Sus caras descompuestas y sus conversaciones de murmullos me hacían sentir fuera de lugar. Los rastros del llanto eran tan evidentes y sobrecogedores que tenía miedo de hablar o inclusive de tomar asiento junto a ellos. Ahí de pie en medio de todos, escuchaba cada palabra que se pronunciaba sin entender nada sobre el protocolo de la muerte. Por alguna razón, sentía dolor cada vez que mi madre o alguno de mis tíos concatenaban en su diálogo la frase "mi papá".

Nunca supe en que momento mi hermana se enteró del porqué de todo el llanto. Tampoco recuerdo su reacción. Lo que sí recuerdo, es que mientras a ella le tomaban la mano para llevarla al jardín, yo permanecía junto a la escalera de la casa esperando que todo acabara. Desde ahí observé como, poco a poco, el impacto iba dando lugar al luto. Pasaron un par de horas y mi madre se me acercó.

-Los vamos a dejar con tu tía toda la noche -me decía, al tiempo que algunas lágrimas brotaban- mañana viene su papá por ustedes.

En ese momento, tuve el impulso de detenerla, de decirle que no quería que nos dejaran, pero las

voz de mi padre reprochandome ese comportamiento resonó claramente en mi cabeza y me quedé callado. Me despedí como si fuera cualquier día y, tan pronto como el silencio reinó en la casa, me fuí a recostar en la cama de mi abuela. Todavía no sabía cual era mi papel ni que era esa sensación que me impedía sentirme cómodo en la casa.

La noche llegó...pero no así el sueño. Ahí recostado en la cama, no podía ni siquiera darme el valor para apagar la luz. No era por miedo de que algún fantasma o algun monstruo de la penumbra fuera a devorarme ni nada parecido. Mas bien, tenía temor de que la oscuridad fuera tan profunda que sintiera lo mismo que el abuelo debía estar sintiendo en ese instante. Ese pensamiento era mas sombrío al recordar que él ya no podía sentir. Todo era tan real y tan etereo al mismo tiempo. Todavía no podía concebir como alguien había existido, vivido y, un buen día, tan solo hubiera desaparecido. Con tantos pensamientos abarrotando mi mente, no tuve conciencia de la hora en que finalmente entró el sueño y me quedé dormido.

En la mañana todo parecía haber vuelto a la normalidad, pero a eso de las diez llegó mi padre por nosotros recordandonos que la pesadilla aún no terminaba. Nos llevó a los velatorios, donde nos recibió el resto de la familia. Tiempo despues, mi padre me dijo que él nunca estuvo de acuerdo en llevarnos, pero que una de mis tías insistió en que no podíamos quedarnos solos y que teníamos que aprender a lidiar con esto. Recuerdo que entramos a donde estaba el cuerpo y, ante la visión del ataúd, me quedé petrificado. Evité por cualquier medio acercarme y decidí desviar la vista hacia la entrada que daba a la calle. Estaba ahí solo de nuevo, cuando mi tía se acerco con mi hermana.

-¿Estas seguro de que tú no vas a ver a tu abuelo por última vez?- preguntó, esperando convencerme -. A tu hermana ya la llevé a despedirse.

Yo no quería verlo y decidí no hacerlo.

Pasaron las horas hasta que llegó la hora de ir al cementerio, donde la situación se volvió extremadamente intensa para todos. Sin poder llorar y sin saber aún que pensar, seguí el ataúd hasta el sitio donde descansarían los restos. Alrededor de la fosa abierta ya se hallaba apiñada la multitud de familiares y desconocidos que esperaban presenciar el descenso (que en lo personal me sigue pareciendo un rito bastante macabro). Recuerdo que pensé, "¿por que estamos viendo esto?". Justo antes de bajar el ataúd, uno de mis tios se acercó con una bolsa negra en la mano. Yo no sabría hasta unos días despues que la bolsa contenía los restos del papá de mi abuelo, a quien habían exhumado para dar cabida al nuevo difunto. En el momento en que mi tío abrió la caja para introducir la bolsa, las palabras que usó mi tía con anterioridad para intentar convencerme de ver a mi abuelo zurcaron mi cabeza. Se remarcó con especial énfasis la parte de "última vez". Subitamente, sentí mucho miedo de no recordar a mi abuelo. Me arrepentí de no haberlo visto en el velatorio y me adelanté hacia donde estaba mi tío. Sin saber lo que hacía, le dije "dejame ver a mi abuelo". Por detras escuché una voz que decía "yo también". Era mi primo. Mi tío, al ver a los dos imprudentes acercarse, de inmediato cerró la caja. Nos volteo a ver con el semblante serio y, mientras balbuceabamos explicaciones para las que no era hora, se inclinó y abrió la ventana que había en la tapa y nos dijo "por ahí veanlo". Con aquel error cargaré el resto de mi vida.

Me asomé al ataúd y me sobresaltó la cara que ví. No era la misma que en mis recuerdos. Aquella cara que en mi mente siempre se proyectaba con alegría, se había transformado en algo que hoy no quisiera haber visto nunca. Su cabello arreglado para la eternidad no parecía ser suyo. El color de su

piel también era distinto. Supongo que había sido retocado por alguno de los empleados de la funeraria. Su boca, que permanecía cerrada, daba la impresión de que debía estar abierta. Yo, ante ese rostro tan estéril e hinchado, no pude más que preguntarme "¿ese es mi abuelo?". Me alejé tan rápido como me había acercado, fuertemente impresionado, pero el daño ya estaba hecho. Lo peor vino después. Al ver nuevamente su rostro, mi abuela se desmoronó y comenzó a sollozar sin control. Me acuerdo claramente de la angustia con la que, mirándolo al rostro, le gritó unas últimas palabras de despedida. Aún hoy recuerdo esas palabras, pero no soy capaz de reproducirlas. La culpa de haber revivido el dolor de mi abuela por no pensar antes de actuar, me perseguiría hasta la muerte de ella (casi diez años después). Aún cuando ella murió, durante su funeral, recordé el dolor intenso que le causé sin intención ese día con mi ingenuo temor al olvido y no pude reprimir el llanto.

Mi memoria alcanza para revivir el momento en que el ataúd fue bajado y la fosa llenada. Mientras todo ocurría, unas señoras cantaban oraciones que hablaban de resurrección y vida eterna. Hubo un punto en que la realidad me alcanzó y tuve la intención de sollozar, pero eso se desvaneció cuando busqué a mi alrededor y no encontré a mi primo. Lo fui a hallar a unas tumbas de distancia, recargado detrás de una que tenía un Cristo que parecía algo infame. Escondía detrás de la piedra sus lágrimas. Al verlo en ese estado, sentí compasión por él y le dije unas palabras para calmarlo. Lo que le dije no lo recuerdo, pero sé que repetí en voz alta lo que me decía yo mismo para evitar el llanto. Lo convencí de regresar al sitio del entierro y, a partir de ese momento, ya no puedo recordar mucho más. La última cosa que todavía alcanzo a ver en mis recuerdos es que, al terminar el funeral, fui junto a mi abuela con mucha culpa y la tome del brazo. Por fin había acabado.

Hoy, a once años de haber presenciado aquel doloroso episodio, entiendo que la incertidumbre que sentía y que no me dejaba pensar o llorar era el miedo a la muerte de mi propia conciencia. También hoy entiendo el porqué mis padres y tíos actuaron como lo hicieron, aunque creo que el dolor nubló de muchas formas su juicio (en lo que respecta al papel que jugamos los, en ese entonces, niños). De cualquier manera, mi carácter fue marcado de por vida en esos dos días. Algo que me parece irónico es que, para mi pesar, tengo muy presente el rostro sombrío de mi abuelo dentro de la caja. Cada vez que escucho de la muerte de alguien, veo un ataúd o paso frente a una funeraria, viene a mi sin poder evitarlo. En esas ocasiones suelo repetir para mi mismo, no sin cierta malicia, la frase "¿pues querías recordarlo...¿o no?".